

del cuartel. Ya se ve, para todo buen socialista la ley de la libre concurrencia es tan odiosa como para todo buen vividor la ley durísima de la muerte. Pero así como ha querido la naturaleza implacable que las almas de las generaciones nuevas se monten y engarcen por necesidad en el sepulcro de las generaciones muertas, ha querido también que provengan las obras humanas y su gradual perfeccionamiento de la emulación y de la competencia. Quitadlas y destruidlas, como quiere la mayor parte de los utopistas modernos; gremiad los trabajadores por fuerza; imponedles imperialmente las horas de trabajo y el organismo de su oficio; disciplinadlos como disciplinariais un regimiento; mandadles así las vocaciones respectivas como el respectivo límite de sus facultades; y veréis cuán pronto habeis convertido la sociedad moderna en triste y solitario convento, sobre cuyos claustros se alce un despotismo, natural y lógico, doquier muere la libertad individual, con su más inmediato y útil resultado, la libre concurrencia.

Vamos á ver el estado y desarrollo de la política en Oriente. Una ceremonia solemne acaba de celebrarse allá en las aguas del Bósforo. Los cañones de los fuertes han retumbado, como si áun los hiciera tronar la mecha de los grandes conquistadores; y las barcas del serrallo han salido, en guisa de cisnes áureos que discurrieran, airosos y

erguidos, por los celestes cristalinos lagos, donde se miran las riberas del Asia y de la Europa. Desplegábase tanto lujo en aquel escenario incomparable por haber llegado á la capitalidad antigua de la cristiandad el nominal vasallo de Turquía, que hoy dirige los destinos de un pueblo recién desprendido de la dominación turca, el pueblo de Bulgaria. Pretendia pasar por aquel sitio sin rendir homenaje al Sultán, su archisoberano; y el Sultán, que por tal descuido le ahorcára en otros días, ó por lo ménos le remitiera el dogal para que se ahorcase, hoy le invita con solicitud y le agasaja con esplendidez, seguro de que á todos, sin excepcion, se revela por miles de revelaciones diversas la triste irremediable decadencia de su antiguo Imperio. El Príncipe de Bulgaria es vasallo meramente honorario del Sultán de Constantinopla y vasallo real del Czar de todas las Rusias. Y lo es en tanto grado, que Rusia le nombró hace tiempo un Ministerio, por cierto á sus gustos é inclinaciones muy repulsivo, y ha de sostenerlo durante dos años enteros, si quiere conservar su corona en las sienas amenazadas por fulminante rayo, y su apellido entre los soberanos, más ó ménos irrisorios, de la nueva Europa. Nada tan curioso como el combate que sostienen estos principillos eslavos con el soberano impuesto por los arreglos diplomáticos, á quienes prestan acata-

miento ilusorio, y el soberano impuesto por las necesidades políticas, á quien prestan ineludible obediencia. Contra el primero, puramente nominal, recaban la concesion de condecoraciones y la firma de títulos nobiliarios y el envío de agentes diplomáticos y la ostentacion de otras zarandajas más ó ménos baladíes, miéntras tienen que recabar contra los otros, que los rodean de ministros y empleados suyos, la efectividad del supremo poder. Habrá visto el Sultán á su vasallo so el amparo de propio pabellon, y en el pavés de autoridad soberana; mas al verlo, debería recordar por qué caminos agrios y escabrosos suelen perderse los Imperios que rinden culto al fatalismo y no saben renovarse por la creadora virtud de una verdadera libertad.

El príncipe Alejandro habrá reconocido aquellos lugares por la poesía clásica esmaltados; habrá visto el sitio donde la ninfa Io esquivaba los celos de Juno, y el sitio donde plantaba Medea su laurel ponzoñoso, y el sitio donde morian de amor Hero y Leandro, habrá observado todas estas maravillas; y al ver las aguas en cuyo seno va disuelta lá luz oriental y las montañas en cuyas cumbres olímpicas están como dibujados los dioses helénicos; entre las costas de Asia y Europa, que parecen abrazar y adormecer á los mares, en cuyos cristales clarísimos los palacios de mármol,

las rotondas de oro, los kioskos multicolores, los jardines poéticos, los intercolumnios festoneados de rosas y jazmines se retratan como recreándose á una en contemplar las velas que van por las corrientes y las aves que van por las alturas; habrá comprendido cómo se deseará poseer todo aquello desde las áridas estepas del Norte, desde las petrificadas olas del Báltico, desde las oscuras orillas del Volga, y comprenderá que sus protectores le han dado cetro y corona para que represente la vanguardia del ejército de cruzados moscovitas, que, creyéndose dirigidos por los ángeles de Constantino, juran redimir á Santa Sofía, relegada impiamente á los harenes del turco, y hacen de Constantinopla la capitalidad inmortal de un Imperio greco-eslavo, apercebido por el cielo á bautizar y á evangelizar todo el Oriente.

La verdad es que Turquía se desvanece cada vez más en los aires como una gran pesadilla. El hombre aquél, en quien pusiera tantas esperanzas, el buen Arabi-Bajá, que habia desplegado la verde bandera del Profeta y esgrimido el cortante alfanje de Ostman, hállase ahora en la isla de Ceylan, donde los mahometanos creyeron que habia surgido Adán, y donde se cruzan innumerables tradiciones islamitas por los aires, consagrado, no á meditar los libros sacros, que fortalecen la fidelidad del creyente; no á invocar los santos del Is-

lan, que han destruido tantas veces á los nazarenos y han elevado en los cielos de la victoria el arco argénteo de la media luna, sino á industriarse, como pobre discípulo y doctrino, en el inglés, para dar gracias á los vencedores, si posible fuera, en la propia lengua suya, por tanta piedad y misericordia como han tenido al dar un paraíso en su Imperio al caudillo de una rebelion contra su Imperio. Y miéntras tanto, lord Dufferin, embajador antiguo de Inglaterra, se ufana de recortar patrones de códigos políticos para el Egipto, como si esta tierra de los dioses muertos y de los ritos legendarios fuese un primitivo territorio de aquellos no surcados por la historia, sin escombros y sin recuerdos, en cuyos senos pueden los utopistas ejercitarse y escribir, como en limpia pizarra, los términos todos, más ó ménos algebráicos, de ideales utopias. Al hojear la disertacion de lord Dufferin sobre las instituciones más convenientes á Inglaterra, nadie diria que la trazára un experimental y positivo sajón, acostumbrado á las contemplaciones de los hechos más que á las contemplaciones de las ideas, sino un meridional, soñador y artista, idóneo para la traza de leyes, mejor ó peor ideadas, en las cuales, curándose mucho de las teorías y de las proporciones, no se cura gran cosa de la realidad y de sus irremediabiles impurezas. ¡Buena tierra el Egipto para constituciones

ideales! ¡Ah! Lo que verdaderamente resulta y resalta de todo esto es que Turquía y su Imperio se han desvanecido en Egipto, para dejar paso libre á Inglaterra y su Imperio. La dominacion turca toca en su ocaso, y el Califato de Constantinopla estaria ya disuelto, si Europa no temiese la infeccion que pueden dar al aire respirable los gusanos inmundos generados por la descomposicion de tan podrido cadáver.

El Oriente llama la general atencion de Europa; y la llama, porque está el Oriente amenazado de guerra, y cualquier chispa, siquier aislada y pobre, podria hoy avivar y mantener el incendio universal. Armenia se mueve demandando las reformas prometidas en el tratado de Berlin, y Turquía se resiste á la concesion de estas reformas. En tal estado, Rusia, como siempre, se mueve, y como siempre, aparenta interesarse por la libertad y los derechos de las várias sectas, más ó ménos cristianas, poseidas aún, como triste rebaño, por el Sultan de Constantinopla. Poseedora la gran potencia del Norte, con motivo de sus victorias últimas en la península balcánica, de sumas plazas fuertes en el Asia Menor, guarnece sus alojamientos militares, concentra sus tropas, requiere sus armas y amenaza con los vislumbres relampagueantes de una próxima guerra. Pero el mayor síntoma de graves acontecimientos está en la visita hecha por

el Príncipe de Bulgaria, recién constituido, á su vecino el Rey de Grecia; visita que ha seguido á la del Sultan de Constantinopla. La raza búlgarica, como eslava de suyo, y la raza griega, como helénica, guardan dentro de sus pechos un vivo sentimiento de rivalidad y competencia. Estados constituidos los dos en el quebrantamiento y fraccion de la Turquía tradicional, aspiran á extenderse con grandeza y en daño mutuo de sus sendas nacionalidades. La oposicion ha llegado tan léjos, que Bulgaria se ha desasido del Patriarcado de Constantinopla tan sólo por el carácter helénico de tal institucion religiosa. Mas ahora ven búlgaros y helenos que miéntras ellos disputan y riñen, Austria se acerca sigilosamente á Salónica y Rusia se introduce y entromete con tal imperio en los negocios búlgaros, que hasta nombra los ministerios, imponiéndolos al irrisorio Rey de Bulgaria. Y miéntras tanto la cuestion de Armenia con sus complicadas incidencias acusa la proximidad de nueva guerra, la cual podria traer sin remedio la total ruina del Sultan y la conversion de la Mezquita más ilustre del islamismo, coronada hoy por la media luna de Ostman, en la Basílica Santa coronada por la cruz griega de los inmortales Constantinos. Y para tal evento deben los pueblos cristianos entenderse y apereibirse á la solucion única que ha de conjurar todos los conflictos y ha de

traer todos los seguros á la confederacion greco-eslava.

Verificóse la coronacion del Czar. Aquel trono de los czares, por la retina del Eterno rematado, ha vuelto á la sala imperial de San Andres, coronado con su guirnalda de rayos. El manto de armiño, en cuyo centro campean las águilas de dos cabezas coronadas de diademas y armadas de centros, ha salido del empolvado camarín. Aquí se han visto las espadas que muestran la fuerza y allí las insignias que muestran la majestad del poder. Los cosacos llegaron en pelotones y los arzobispos corrieron desde sus respectivas diócesis para ofrecer la mirra, el óleo y el incienso á esta especie de dios. Juntáronse rios de cerveza, millones de pasteles, músicas semejantes á ejércitos por su número, coros que pueden atronar los aires, y llegó la triste policía de los moscovitas á impedir que los genios invisibles y apocalípticos del nihilismo se deslizáran sigilosos entre tantas grandezas históricas y las hicieran saltar en pedazos con sus terribles explosiones.

El ministerio Gladstone acaba de ser derrotado en la Cámara de los Comunes por una cuestion religiosa, por la cuestion del juramento político. Embargados los ánimos y ocupadas la opinion y la conciencia general con tamaño problema, pertenecia seguramente á un hombre de la prevision

por todos reconocida en el gran ministro, buscar una solución que tales agitaciones calmase, reconociendo los derechos fundamentales é inalienables de la humana conciencia. Por consiguiente, propuso Gladstone una reforma justísima de suyo, aceptada hasta por los conservadores en España últimamente, y que da con grande acierto á los diputados la facultad omnímota de cambiar el juramento de fidelidad por la promesa, cuando su conciencia filosófica y religiosa les vede invocar el nombre de Dios y los Santos Evangelios. La política no puede tener un carácter absoluto, y aunque busque ideales de grande superioridad, debe tomar en cuenta, para su trabajo de todos los días, cuanto hay de relativo y circunstancial en nuestra existencia. La cuestión del juramento sobrevino á consecuencia de la elección de Bradlaugh, especie de popular predicador, dado á vagar por las calles y encrucijadas continuamente, sosteniendo el ateísmo con vehemencia y llamándose con el ridículo y anticuado nombre de iconoclasta, cuya general acepción contiene antiguos combates y recuerda tremendas irreverencias. Ningun espíritu al ateísmo tan repulsivo como el mío, en quien aquella idea de Dios, inspirada por la primera educación, ha crecido á medida que crecía la existencia y ha madurado á medida que maduraba la razón.

Yo he visto á Dios en los esplendores todos de la Naturaleza, y he columbrado las deslumbradoras alas de sus ángeles, en el brillo resplandeciente de los astros; yo he sentido á Dios en los más puros afectos de mi corazón y le he amado con todas mis aspiraciones á la caridad universal y con toda mi compasión por los humanos dolores; yo he oído á Dios en los conciertos de las esferas y en las armonías de las orbes; yo, sin Dios, creeríame y creería á mi especie como un rebaño de pobres animales, todos materia, seducidos y engañados por una diabólica ilusión: que sin la idea de Dios no explicaría el átomo perdido en los confines de la nada ni los soles vivificadores de la creación, como no comprendería sin su providencia las leyes divinas del Universo y de la historia. Por consiguiente nadie como yo abomina de las escuelas ateas y nadie como yo cree y adora la suprema y divina existencia del Sér absoluto y perfecto, en quien se animan á una espíritu y naturaleza, por quien se explican todos los enigmas del Universo y se adivinan y se presienten todas las fuerzas de las ideas y de las cosas en sus concéntricas esferas y en sus divinas armonías. Pero yo no puedo negar el derecho que tiene la naturaleza humana en su limitación y condicionalidad á la expresión del error, como no puedo desconocer la ineficacia de los medios coercitivos para perse-

guirlo y ahogarlo. Así, pues, creo con el gran ministro inglés, que la verdad metafísica y dogmática no puede imponerse por las fuerzas coercitivas, y que se debe respetar hasta en sus mayores extravíos la irrefragable libertad del humano pensamiento.

Pero no ha creído esto que yo creo la Cámara de los Comunes inglesa. Por el contrario, abstenidos los liberales de viejo cuño, los wighs por tradición y escuela; reunidos en haz y apretados como tebana legion los conservadores; poseídos del demonio pesimista los inexpertos irlandeses, quienes todo lo deben al radicalismo inglés y en todo sirven á la escuela conservadora, su cruel enemiga; excitados por su exaltadísimo celo y su adhesión á la Iglesia los obispos; recrudescida la universal superstición religiosa, en ninguna parte del mundo tan rutinaria como en la Gran Bretaña, ¡oh! el poder discrecional atribuido en el *bill* Gladstone al diputado de cambiar el juramento de fidelidad por la promesa, reforma justa y saludable, ha valido al Gobierno una derrota, que si bien ahora no lo derriba y aterra, disminuye sus fuerzas y amengua su poder. Era de oír, según los asistentes refieren, el aquellarre armado por los vencedores contra sus adversarios los vencidos. Unos diputados aplaudían hasta romperse las manos y otros vociferaban hasta desgañitarse; metían

éstos infernal ruido, silbando como en mal teatro y se colocaban de pié aquéllos en los bancos cual si estuvieran reunidos en cualquier cuadra ó chiquero y no en la primer Cámara del mundo. Los más irreverentes llegaron hasta la mofa, la befa y el escarnio, cantando el nombre de Gladstone, su gran ministro, en coro, á los aires soeces de los lampiones y otros cantares desvergozados y corrientes en los barrios bajos parienses entre los pilluelos de los can-canés: por manera que ninguno de los dervis, ó carreras de caballos, donde los sajones se emborrachan y gritan; ninguna de las corridas de toros de muerte, donde se salen fuera de sí los españoles, puede compararse con esta última hora de una grande sesión parlamentaria en respetabilísimo y antiguo Parlamento. Permítase, pues, á mi amor patrio el envanecerse recordando que jamás damos á las gentes, nosotros los españoles, tales ejemplos; y diciendo que aquí hemos admitido hace poco la opción libérrima entre la promesa y el juramento, por escrupuloso respeto á la libertad religiosa y espiritual, sin que se hayan suscitado los obstáculos y dificultades que acaban de suscitarse allá en Inglaterra; pues el pueblo español, tan probado por las tiranías de sus sacerdotes y de sus reyes, después que ha sacudido las cenizas de la Inquisición y que ha roto los viejos ídolos del absolutismo procla-

mando la libertad religiosa, lógico y consecuente, ha sabido declarar que las ideas no pueden impedir el ejercicio de los cargos públicos y que las conciencias tienen derecho al respeto del Estado y de las leyes, hasta cuando yerran, si ha de salvarse su indispensable inviolabilidad.

Los ingleses cuentan dentro de su oficial protestantismo innumerable variedad de sectas religiosas. Todavía quedan restos allí del catolicismo antiguo, rejuvenecidos y remozados por la libertad moderna. Junto al anglicanismo tradicional, auténtico, histórico, se levantan los puseistas, que dominan con grande dominio en centros religiosos importantísimos y que usan las estolas, el incienso, los cirios como arboles de la fe antigua; los metodistas, los discípulos de Wesley, que combatiendo el excesivo rigor del dogma luterano relativo á la gracia, se apropian tanto al carácter individualista inglés y tanto confían en que el segundo Adán rescatará la culpa del primero; los presbiterianos, los verdaderos demócratas del protestantismo, quienes asocian el elemento eclesiástico y dan al principio electivo la virtud alcanzada en las antiguas sociedades apostólicas; los unitarios, que proclaman una especie de socialismo derivado de las ideas españolas é italianas del siglo décimosexto, de aquellas ideas mantenidas por Valdés y por Servet, las cuales, regateando á

Cristo su divinidad, lo reconocen y proclaman como el fundador de la moral definitiva y eterna; y tantas y tantas otras sectas, matices diversos y varios de una misma creencia, los cuales van desde la ortodoxia secular de los antiguos creyentes católico-romanos, hasta la República cristiana é idealista de los cuáqueros en esos templos vivos de Dios y de la libertad que se llaman las selvas del Nuevo Mundo. Pues así como en el cielo religioso, donde parece que la fe ha de dar más unidad á los espíritus y más universalidad á las ideas, existen estas diferencias, ¿por qué no han de existir en el cielo científico, donde reina más el criterio individual y la rica variedad del pensamiento?

Ya sabemos que han concurrido muchas circunstancias para hacer odiosa la personalidad originalísima de Bradlangh á los ingleses. Su brutal franqueza contrasta con la pudicia que pone la gente sajona en las palabras y formas de sus más audaces pensamientos. El carácter socialista le daña también mucho en pueblo donde parece congénito á la complexión y naturaleza nacional é histórica el más desenfrenado individualismo. Luego, aquel trabajador, verdaderamente gigantesco y hercúleo, que alza la cabeza erguida sobre las muchedumbres como el trofeo sobre la legion; que posee una voz estentórea, cuyos acentos llegan á tener la resonancia del trueno; que destituye al

Dios de los profetas con fórmulas proféticas; que convierte las utilitarias reuniones políticas en reuniones teológicas, donde se desgarran página á página los libros santos leídos por los ingleses todos los domingos en sus ejercicios religiosos, ha de concitar contra sí muchas iras y ha de tener frente á sí muchos enemigos. Yo aseguro, sin embargo de todo esto, que Bradlangh es un moderado y conservador escrupuloso en comparacion de los demagogos españoles, franceses, germanos y rusos. ¡Ah! Extrañarse del ateísmo plebeyo y rudo, y brutal si quereis, de un pobre trabajador, los que han colocado, y con motivo y fundamento, entre sus mayores glorias á un Stuard Mill, semicontista y semipositivista; á un Spencer, mantenedor del movimiento eterno y de la evolucion universal; á un Bain, que confunde la psicología con la fisiología y explica la unidad del espíritu humano por mera asociacion de ideas; á un Darwin, que deriva unas especies de otras especies y genera en sus teorías al hombre mismo por el ayuntamiento de las bestias. Aquella Cámara de los Comunes, compuesta por católicos, apenas emancipados gracias á la sublime y tempestuosa palabra de O'Connell; por protestantes que admiten los derechos de la libre conciencia y los ejercicios del libre exámen; por judíos, víctimas primeras de la intolerancia religiosa; por presbite-

rianos y cuáqueros y unitarios que rechazan y condenan el juramento, debia llegar á donde las Cámaras españolas y francesas han llegado, ó bien á la indispensable abrogacion del innecesario y vejatorio juramento político, cuya inutilidad es manifiesta, ó bien á la opcion entre el juramento y la promesa, como nosotros los españoles, á quienes consideran los ingleses padres naturales de la Inquisicion y enemigos natos de la tolerancia. Para ir á la cabeza del mundo no basta con tener mucho territorio, porque si bastára, tendria tal direccion esa Rusia, tan grande, que apenas puede medirse la extension material de su Imperio; necesitase la posesion plena y absoluta del espíritu moderno y el culto desinteresado á sus grandes ideales de progreso y á sus eternos principios de justicia. El respeto á la conciencia individual es lo ménos que puede pedirse al viejo liberalismo inglés, generador ilustre de todo el moderno liberalismo europeo.

Con la crisis italiana rematamos esta crónica, ya larga, de un mes rico en varios é importantes sucesos. Despues de las últimas elecciones, hechas con censo bajo y numeroso, creian cuantos observan de ligero la política europea que iba el partido de oposicion, existente ya en la izquierda liberal, á obtener mucho número y desmedida influencia. Ponian, los que pensaban así, en olvido la



consumada prudencia de los italianos y su afición á las pacíficas y lentas evoluciones del progreso medido y legal á que se hallan sujetos los pueblos salidos del período revolucionario. Depretis se había presentado á los comicios con franqueza en su discurso de Stradella, y los comicios le habían dicho con sus votaciones ministeriales cómo podía contar con la estabilidad si no se paraba en los amplios caminos del progreso. La nación estaba resuelta contra todo retroceso hácia la derecha conservadora, por conocerla demasiado, y contra todo salto violento hácia la izquierda extrema, por conocerla poco. Dentro de la izquierda extrema existe un hombre con autoridad extraordinaria, Cairoli, de la madera de los héroes más que de la madera de los estadistas, y tres jefes muy patriotas y talentados, pero poco idóneos para el gobierno, como Nicotera, Crispi, Bertani, por sobrado gubernamental el primero y sobrado radical el segundo, mientras el tercero padece de una inquietud nerviosa en todo cuanto á la política interior se refiere, y de una galofobia crónica en cuanto se refiere á lo exterior, que le quitan fuerza y le dan enemigos. Por esta razón, á no dudarlo, el viejo Depretis, consumado estadista por su ciencia y por su experiencia, no ha querido enderezar la proa de su gobierno hácia cabos circuidos de la incertidumbre, la mayor entre las plagas que pue-

den malograr una política, y ha preferido pararse, aún corriendo el riesgo de tocar en la inmovilidad. Ciertamente que, contrastado y combatido por una fracción de suyo hábil, como la fracción conservadora, encabezada por un hombre de suyo eminente, como el economista Minghetti, se ha encontrado con que su política de progreso ha salido política de estancamiento, según las calificaciones dadas por los doctores en la materia y robustecidas por el abrazo y el voto último, en que los más reaccionarios han hablado y votado como una sola persona en favor del mismo que les ha sucedido y reemplazado para empujar la Italia por los progresos á las reformas y cumplir una política de amplia y radicalísima libertad. No debe olvidarlo Depretis. El calor de su vida sólo puede conservarse con el movimiento hácia adelante. Una estabilidad sobrado quieta podría pudrir la nave muy velera en que va embarcado y dispersar la tripulación á los cuatro vientos, mientras que si anda de prisa, con los ojos puestos en la estrella-norte de la libertad, llegará con fortuna y rapidez al seguro puerto de una gran política que realce mucho su nombre y agrande y robustezca su patria.